

DOS ANGUSTIAS

ELIAS DE TEJADA plantea bella y agudamente en este trabajo el problema de las dos angustias, la católica y la protestante, radicalmente distintas.

La primera es una angustia de responsabilidad, la de salvarse o condenarse, según las obras de cada cual.

La segunda representa la reducción de la fe al absurdo. Una existencia sin esperanza y sin estrellas.

Ofrecemos el ensayo del ilustre catédrico y pensador, penetrante, como todos los suyos, y escrito en ese estilo rico en matices de expresión que le caracteriza.

En un delicioso librito que casi no excede a las dimensiones del folleto, el titulado "Soren Kierkegaard Lyllandsrejse", puntualizó un escritor jutlandés en 1918, Arthur Dahl, la influencia que el dolor casi tétrico, a veces hasta infernalmente invernal, del paisaje de Jutlandia, ejerce sobre la angustiada pasión del más filósofo de los literatos de Dinamarca.

Un día, ya lejano, en las llanuras de la península, batidas de mar a mar por el furor de las ventiscas implacables, el pastorzuelo Mikael Pedersen Kierkegaard había abandonado sus cabras huidizas y en instante de desesperación insensata, había levantado al cielo su garrote de paz para maldecir al Dios que le causaba tantas amarguras. Era quizás un descanso, casi una escapatoria, para el ánimo saturada de la fe al uso de los hermanos moravos, toda curada en odio al mundo, toda acunada en el dolor irrestañable del Cristo crucificado.

El paisaje sombrío, fecundado por la fe sombría, parió el sombrío arranque de la blasfemia. Pero el mal no cayó sobre el autor de un delito que en 1843 calificará el hijo de Soren Aabye de "uno de esos crímenes que solamente se superan con la ayuda de Dios". Mikael mejoró de fortuna y al cabo de los años maduros, su casa de comerciante adinerado en el número 29 de la Osteyade de Copenhague parecía un hogar colmado de felicidad.

Lo hubiera sido si la maldición de Dios no viniera a cebarse en sus entrañas paternas, segando una a una en flor, la vida de los hijos. Pero el padre los vió morir a todos. María Cristina, a los veinticinco años, en 1822. Nicolina, a los treinta y tres, diez años más tarde. Niels Andreas, con veinticuatro, el mismo año. Petrea, la postrer hermana, en 1834. Dios, el Dios tremendo del pietismo duro, se llevó a todos los hijos del blasfemo.

Miguel Pedersen no quería verlos morir a todos. Y un día de 1838, en la noche del lunes 11 de agosto, un vomitivo tomado con exceso, le libró de la maldición de contemplar segados uno a uno, implacablemente, los retoños.

Fue el terremoto en la vida de Soren, porque fue la certeza viva y angustiada del castigo del pecado. "Thi han er ikke dod fra mig men dod for mig", murió por mí, escribe horrorizado el hijo, y en su diario del día 10, la angustia nacía en un corazón obrero por la certeza del castigo.

Una angustia que era un salto en el absurdo, porque su formación filosófica hegeliana le impedía aceptar la idea luterana del pecado. Pues para Hegel el pecado es imposible, ya que constituye una negación antitética del bien que es la tesis, y toda contraposición dialéctica ha de desaparecer forzosamente en la síntesis superadora que aniquila, al par que absorbe los elementos en tensión. El pecado, como la virtud, son para el hegelismo meros ingredientes de una síntesis en la que los dos han de caber.

Pero el castigo al pecado que el hegelismo profesado le negaba en el orbe de las ideas era dolor vivo, absurdamente vivo en las entrañas. Y será pánico ante el amor de Regina Olsen,

temblor ante la hosquedad desnuda de la existencia, filosofía canerosa de un alma brutalmente cancerada.

Así nació el moderno existencialismo protestante de una pugna entre fe y filosofías, entre dolor y pensamientos, entre maldición y vacío, en la angustia del abandono de un alma apesadumbrada por un dolor insoslayable e incomprensible. Cuando en la misma línea Martin Heidegger, coronando con solidez tudesca la fábrica imposible de su filosofía del ser en el tiempo de la nada, nos presente al yo arrojado en el mundo, en una "Guvorfenheit" sin consuelos ni asideros, no hará más que dar nervio profesoral alemán a aquella tristeza sin horizontes que Soren Kierkegaard intuyó un día en la anchura dolorida de las llanuras de la península de Jutlandia. La "Angest" de Kierkegaard viene de su melancolía, de su condición de "Tung-sindigt", que ha servido a Johannes Hohlenberg para escribir su maravillosa biografía de varón de caminos solitarios, la "Den ensomme Vej", cuya lectura me ha apasionado tantas veces. "Sorge de Heidegger" es la versión alemana, doctoral y sistemática del alma de Kierkegaard. Como la cengoja de nuestro don Miguel de Unamuno fue la traducción castellana, a un medio castizamente católico y apasionado, de aquella fiebre de pesares que un día floreció en el luteranismo frío de Dinamarca.

Desde nuestro ángulo católico esos dolores son un defecto de fe que resulta del absurdo de una fe a lo luterano. Si Lutero no hubiera roto el maravilloso equilibrio escolástico que armonizaba la naturaleza con la gracia; si no hubiera entregado maniatado al hombre en los caprichos de un Dios de lógica sin adivinanzas; si no hubiera borrado la certeza de que las obras sirven para la salvación; si hubiera dejado levantado el puente de los méritos sobre los abismos de la muerte, la angustia de Kierkegaard no habría existido.

Porque lo horrible de la angustia protestante es el vacío en que el hombre se mueve, la absoluta carencia de apoyos donde reposar las esperanzas de las almas sin consuelo. Toda vida es dolor y el dolor humano nace cabalmente de la obligatoriedad de ser responsables del personal destino, de saber que nuestras obras nos dan la medida de la propia eternidad. La cadena libertad-responsabilidad-angustia es el sino cerrado del que el católico no podrá evadirse, porque es el esquema por el cual el yo se inserta en el orden cósmico por Dios establecido.

Pero para el católico esa angustia es una noche cuajada en claros lumináres, es la esperanza cierta de que Dios escucha las veces doloridas de los corazones afligidos. El católico sabe que en el obrar divino hay la divina lógica del premio y del castigo. La angustia católica es la angustia de la responsabilidad individual, no es la desesperación satánica de jugarlo todo al albur incomprensible de un Dios sin más justicia que el vacío insondable en donde flota el misterio intangible de la nada.

Todo católico es existencialista porque sabe de la angustiada responsabilidad de salvarse o condenarse según sus propias obras. Mas la angustia tiene unos linderos en el horizonte lógico del Dios que premia o que castiga.

Es en el protestantismo, en esa reducción de la fe al absurdo que obsesionaba a Soren Kierkegaard, donde la existencia se desanuda de las esperanzas y donde la nada se confunde con el capricho arbitrario de un Dios que decide más allá de las dulces ensoñaciones de los hombres.

Cuando contemplo ambas angustias, la protestante y la católica, mi pecho de hijo bien nacido vuelve siempre los ojos a aquellos abuelos que en los días mayores de la historia nuestra evitaron en Trento y en Mühlberg la tragedia de hacernos europeos